

Gabriel Jiménez Emán

El último solo de Buddy Bolden



menos**cuarto**

Colección CUADRANTE NUEVE

© Gabriel Jiménez Emán

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S.L.], 2016

ISBN: 978-84-15740-41-1

Dep. Legal: P-332/2016

Diseño de colección: ECHEVE

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A la memoria del gran artista y amigo
Ricardo Domínguez*

Veo a mi madre que viene cargando una lata de agua desde el tanque grande. Yo estoy sentado en un banco de tablas de madera y a mi alrededor pululan los pollos y gallinas; los rayos del sol dan sobre los charcos de agua que ha dejado la lluvia, pasan chicos montando bicicletas oxidadas por un patio común a nuestras familias que se afanan en sus labores y oficios. Mi tío Buster es carpintero y su mujer Norma, mi tía, es maestra en la escuela primaria, mi padre acaba de morir y mi madre debe trabajar duro para mantenerme y yo quiero trabajar para ayudarla; hago mandados en la tienda para el señor Stevens que vende ahí comestibles y víveres, también repuestos para autos y bicicletas y también vende periódicos, mientras mi madre lava y plancha ropa todos los

días para los médicos y enfermeras del Hospital Jackson. Yo voy a la escuela a estudiar por las mañanas y en la tarde voy a la tienda. Me gustan los libros y los instrumentos de música, guitarras, pianos y cornetas; sobre todo la corneta que está en la tienda que está al frente de la del señor Stevens, lleva ahí un buen tiempo y mi madre no puede comprármela porque vale mucha plata. El otro día entré a esa tienda y vi cómo uno de los músicos de la banda estuvo ahí y tomó la corneta un rato entre sus manos para probarla; yo oí las notas que el músico logró sacar de ella y quedé pasmado, quedé impresionado con aquel sonido pastoso, poderoso, que era como una voz metálica potente depositada en la garganta de la corneta. El precio era muy alto y el músico no pudo llevársela; entonces el dueño de la tienda le dijo que podía comprarla en cuotas, lo oí muy bien cuando se lo dijo, que podía abonar y así, en unos pocos meses, la corneta podía ser suya. Los meses seguían pasando y la corneta seguía ahí en el exhibidor de la tienda y un día me le acerqué al dueño y le pregunté si podía sostener la corneta en mis manos, él me dijo que sí pero que con mucho cuidado, solo un momento, muchacho, me dijo, porque puede ensu-

ciarse. Entonces yo la tomé y sentí su peso, sentí el metal bruñido en mi mano, un roce cariñoso para mi piel, sentí el frío agradable del metal en mis dedos, acaricié la boca por donde salen los sonidos que son como almas de sonidos congeladas en el aire por un momento, y después fluyen hacia nuestros oídos y se meten dentro de nosotros. El señor la quitó de mi mano con delicadeza y la volvió a colocar en su estuche, un estuche de felpa roja muy suave, ahí estaba ella al lado de una guitarra de madera amarilla de bordes color vino, una guitarra de cuyas cuerdas pulsadas salía la música de blues, una música que era como una vibración larga y temblorosa, una nota metálica estirada infinitamente para producir dentro de uno una dulzura trémula, un dulzor de chocolate oscuro. Qué bien se ven las dos en la vidriera de la tienda, parece que hubiesen nacido para estar juntas, para vivir juntas. Vendo periódicos y reparto panes y litros de leche en las casas, llevo cartas y recados del señor Stevens y de otros dueños de tiendas para ayudarme con algo, también a Mama Dolly, la mujer más bonita del mundo para mí, cuando la veo planchándome las camisas y los pantalones para ir a la escuela en las

mañanas, lustra mis zapatos y remienda el bolso donde llevo los cuadernos, cuando me sirve el pan con mantequilla y queso en el desayuno y me sirve con dulzura mi vaso de leche, yo me esmero en aprender cosas que me dice la maestra Georgina, ella que es quien nos enseña a leer, escribir y memorizar cosas. Yo nunca pensé que la maestra Georgina se fuera a morir de repente y a dejarnos tan solos, y que su muerte fuera a afectar tanto a mi mamá y a mis tíos, y a todos en el barrio. El día de la muerte de la maestra Georgina vino la banda a tocar cosas fúnebres, ese día fuimos todos a velarla en la escuela y yo saqué valor de no sé dónde para pedirle prestada la corneta al señor de la tienda y me la llevé conmigo a la escuela a hacerla sonar con la música de la banda, pegué mis labios a la boquilla y soplé desde el fondo de mí mismo con toda la tristeza que podía y salieron las notas por la boca de la corneta con una claridad que dejó boquiabiertos a los presentes, incluso yo mismo me quedé asombrado al oír todo lo que salió del instrumento y todos ahí me felicitaron, me dijeron muchacho, dónde aprendiste a tocar así, qué bueno te quedó ese homenaje a Georgina que nos quería tanto a todos, y Mama Dolly estaba llorando

de la emoción y me abrazó y me besó y el señor Stevens me dijo, muchacho, eso te salió de maravilla. Buscaban a otra maestra que la sustituyera y la comunidad estaba de luto, yo no cesaba de pensar en la corneta y le propuse un trato al señor Stevens, que si me compraba la corneta yo se la pagaría con mi trabajo. Pero muchacho, me dijo el señor Stevens, esa trompeta es muy cara y tendrías que estar meses trabajando para tenerla, pero me parece de todos modos un trato justo, lo voy a consultar con tu mamá. Mi mamá no estuvo de acuerdo ni él tampoco y entonces dejé de trabajar en la tienda, me puse furioso, y duré tiempo sin hablarle a mi mamá, pasaron días y una tarde se apareció el señor Stevens con la corneta en mi casa, y me la regaló. Tan grande fue mi alegría que ahí mismo toqué algo en la corneta para él, me salió sola una melodía, como si la corneta me estuviese utilizando a mí para expresarse, salieron unas notas tan festivas que en la cuadra mucha gente salió de su casa a averiguar dónde era la fiesta, llegaron los muchachos vecinos y se pusieron a aplaudir y a cantar, tocaban cualquier cosa, le daban con un clavo a un rallo de queso, una botella con un palito, una sartén golpeada con una cuchara, y desde

ahí salimos al jardín y de ahí a una plaza donde estaba una gente reunida rindiendo un homenaje a un héroe militar de la ciudad, y ahí creyeron que nosotros íbamos a unirnos a esa celebración. Nosotros seguimos la corriente y entonces se nos agregaron unos cantantes en el pueblo, cantantes de góspels de las iglesias. Aquella corneta había sido hecha para mí, de ahí seguimos a La Congo Square y ahí estaba un guitarrista por casualidad sentado en un banco y un percusionista en la grama con un tambor y se unieron al jolgorio general, el guitarrista punteaba blues en la guitarra de lo mejor, y el percusionista hacía honor a sus orígenes africanos con el tamborcillo y la pandereta, todos ellos salidos de Nueva Orleans, de aquella ciudad sentada sobre una gran ciénaga, una gran laguna movediza que se hundía poco a poco, ella nos había parido a casi todos, a aquella gente negra que había venido desde lugares remotos cruzando los mares, unos desde Europa, de Francia sobre todo, todos se habían mezclado allí con blancos o indios y habían compartido lo duro del vivir, habían formado sus familias fundando calles y barrios, construido sus casas con el fruto del trabajo de sus manos, cultivando algodón o tabaco,